

# El dinero en las sociedades modernas: reflexiones desde José Ortega y Gasset y Raymond Aron

---

**Mora Perpere Viñuales\***

Universidad Católica Argentina  
moraperpere@uca.edu.ar

Revista Cultura Económica

Año XL • N°103

Junio 2022: 11-22

<https://doi.org/10.46553/cecon.40.103.2022.p11-22>

**Resumen:** En el presente artículo se busca reflexionar sobre el papel del dinero en las sociedades modernas. Para ello, se abordarán dos lecturas que se han realizado al respecto a lo largo del siglo XX. Por un lado, aquella que realiza Ortega y Gasset. El filósofo español llamará la atención sobre el poder del dinero en las sociedades modernas y explicará por qué, en el siglo XX, se encontraban probablemente ante una de las épocas más crematísticas de la historia. En segundo lugar, se abordará la lectura que realiza Raymond Aron quien, desde una perspectiva política, señalará también, aunque de manera indirecta, cómo interviene el dinero en la vida de las democracias modernas.

**Palabras clave:** Dinero; sociedades modernas; sociedad industrial; Ortega y Gasset; Raymond Aron

***Money in modern societies: reflections from José Ortega y Gasset and Raymond Aron***

**Abstract:** *This article aims to reflect on the role of money in modern societies. To do this, two readings that have been made, in this sense, throughout the 20th century will be addressed. On the one hand, the one carried out by Ortega y Gasset. The Spanish philosopher will draw attention to the power of money in modern societies and will explain why, in the 20th century, they were probably facing one of the most chrematistic times in history. Second, Raymond Aron's reading will be addressed, who, from a political perspective, will also point out, albeit indirectly, how money intervenes in the life of modern democracies.*

**Keywords:** Money; modern societies; industrial society; Ortega y Gasset; Raymond Aron

## I. Introducción

El 20 de mayo de 1889, en el marco de un seminario sobre ciencia política impartido por Gustav Schmoller en la Universidad de Berlín, el filósofo alemán Georg Simmel brindaba una conferencia sobre “Psicología del dinero”. Esta conferencia, que luego se publicaría en el Anuario de Legislación, Administración y Economía de la Nación (*Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft*) –editado por el propio Schmoller– constituiría el germen de su conocido libro *Filosofía del Dinero* (1900). En palabras de Schmoller, Simmel buscaba allí “averiguar qué ha hecho la economía monetaria, especialmente la moderna del siglo XIX, de los seres humanos y la sociedad, de sus relaciones e instituciones” (Schmoller, 1901: 234). Y es que, tal como señala a continuación, “en cierto modo, el dinero aparece como el centro, la clave, la quintaesencia de la vida y la ambición económica moderna”.

En su análisis, Simmel señalaba, entre otras cosas, cómo el dinero se había convertido en un “fin psicológico absoluto” para la mayoría de los seres humanos, lo que le otorgaba, a la vez, un papel central en la regulación de la vida práctica (Simmel, 1977 [1900]: 267). El ámbito de los objetos que podían obtenerse por medio de dinero, advertía el filósofo allí mismo, se iba ampliando cada vez más. Las cosas se entregaban con menor resistencia a su poder y, de este modo, el dinero, cada vez más impersonal y carente de cualidades, se tornaba más poderoso frente a las cualidades de las cosas.

Esta lectura simmeliana será replicada a lo largo del siglo XX por diversos filósofos y sociólogos que advertirán también, desde distintas perspectivas, el poder que el dinero adquiriría en las sociedades de su tiempo. Puede pensarse, por ejemplo, en el análisis que realiza Marcuse en *El hombre unidimensional*, donde señala, entre otras cosas, cómo en las sociedades modernas el dinero (o, en un sentido más general, el capital) se ha convertido en un instrumento de dominio del hombre por el hombre. Otro ejemplo puede encontrarse en el sociólogo Richard Sennett, quien en su obra *Carne y piedra* deja en evidencia cómo el dinero y la actividad económica intervienen en la organización del espacio y el tiempo de las ciudades modernas.

El presente trabajo buscará reflexionar sobre el papel del dinero en las sociedades modernas a partir de dos lecturas en particular. En primer lugar, aquella que presenta Ortega y Gasset. El filósofo español –quien asiste a las clases de Simmel en la Universidad de Berlín en 1905<sup>1</sup>– llamará la atención sobre el poder del dinero y explicará por qué, en el siglo XX, se encontraban

probablemente ante una de las épocas más crematísticas de la historia. En segundo lugar, se abordará la lectura que realiza Raymond Aron quien, desde una perspectiva política, señalará también, aunque de manera indirecta, cómo interviene el dinero en la vida de las democracias modernas.

## II. Dinero, masas y poder desde la perspectiva de Ortega y Gasset

En 1927, Ortega publica en *El Sol* una serie de artículos titulada “Dinámica del tiempo”, donde presenta algunos rasgos centrales de la sociedad de su tiempo. Precisamente, en el segundo artículo de esta serie, titulado “Los escaparates mandan”, el filósofo aborda el papel del dinero y el poder que este ejerce en las sociedades modernas<sup>2</sup>.

Ortega comienza el artículo con las siguientes palabras: “Se dice que el dinero es el único poder que actúa sobre la vida social” (Ortega y Gasset, 1927a: 55). Esta afirmación, considera, resulta acertada en algún sentido, aunque exige una mayor precisión. En efecto, si se observa la historia, puede verse a primera vista que ha habido épocas muy distintas entre sí donde se ha afirmado lo mismo.

En el siglo VII antes de Cristo corría ya por todo el Oriente del Mediterráneo el apotegma famoso: *chrémata, chrémata aner*. “¡Su dinero, su dinero es el hombre!”. En tiempo de César se decía lo mismo, en el siglo XIV lo pone en cuaderna vía nuestro turbulento tonsurado de Hita y en el XVII Góngora hace de ello letrillas (Ortega y Gasset, 1927a: 55)<sup>3</sup>.

Esto debería conducir, como mínimo, a sospechar de la afirmación inicial o a intentar comprenderla más cabalmente.

Para ello, lo primero que debe hacerse es dejar de lado el afán de realizar una lectura puramente económica de la historia que conduzca a concebirla como una consecuencia del dinero y nada más. En efecto, concluir que este, desde que se inventó, constituye una gran fuerza social resultaría una simpleza y pasaría por alto el verdadero problema. Además, no debe olvidarse que ha habido varios períodos de la historia en los cuales el dinero, aun constituyendo un poder de la vida social, tuvo un papel bastante reducido.

En realidad, considera Ortega, cuando se realizan este tipo de exclamaciones –e incluso de lamentos, de críticas– frente al avance del poder del dinero en la vida social, lo que en rigor se juzga es que este tiene una fuerza

mayor a aquella que se considera que debería tener. Y aquí radica un aspecto curioso de esta situación. Las épocas en que más fuertemente se ha lamentado ese poderío son, entre sí, muy distintas. Sin embargo, todas ellas presentan una nota común: “Son siempre épocas de crisis moral, tiempos transitorios entre dos etapas”, explica Ortega (1927a: 56). Se trata en todos los casos de épocas en las cuales los principios que han regido una etapa han perdido su vigencia frente a un nuevo tiempo que asoma.

Frente a esta situación, los poderes que históricamente han organizado a la sociedad –raza, religión, política, ideas– tambalean. No hay, entonces, un elemento que jerarquice a los individuos, algo que resulta imposible de sostener (“la jerarquización es el impulso esencial de la socialización” (Ortega y Gasset, 1927a: 57), explica el filósofo). Es entonces cuando el dinero adquiere un poder y un influjo decisivo. Dado que, en tanto elemento material no puede volatilizarse, asume naturalmente la tarea de otorgar prestigio a los individuos, de jerarquizarlos, y de devolver, así, el equilibrio que la estructura social reclama. Sin embargo, resulta claro que este poder no le es propio, sino que se lo usurpa a las fuerzas ausentes. En rigor, explica Ortega, “el dinero no manda más que cuando no hay otro principio que mande” (Ortega y Gasset, 1927a: 57). En ese sentido, parece más verosímil afirmar que el dinero tiene un poder secundario: interviene fuertemente en el equilibrio del edificio social y colectivo, pero no constituye su cimiento.

Ahora bien, cuando el filósofo centra su análisis en la sociedad del siglo XX –o, más precisamente, de la primera mitad de aquel siglo– considera que se encuentran en una situación de este tipo. Se trata de una época de crisis, en la cual, tal como explica en 1933, “nada es lo que es, sino que está siempre en tránsito a ser de otro modo” y donde “cada cosa puede ser otra cualquiera, todo es un poco todo” (Ortega y Gasset, 1933: 502). Ni la religión ni los principios morales que hasta entonces habían guiado a la sociedad, anidaban ya en las multitudes. Tampoco se valoraba del mismo modo que antes el arte y la cultura de la época. “Queda sólo el dinero”, explica Ortega (1927a: 58).

Sin embargo, si bien esto había acaecido en otros momentos de la historia, el filósofo consideraba que había una razón para suponer que su tiempo era, incluso, mucho más crematístico que los anteriores. El dinero había adquirido un poder mucho mayor que en otros momentos de la historia y ello se debía a que había cambiado la coyuntura.

Este cambio se debía a diversos factores. Por un lado, a un cambio en las sociedades que, a juicio de Ortega, constituía uno de los fenómenos más

importantes de la vida pública europea: la irrupción del hombre masa en el escenario social. Para comprender este hecho, se debe tener presente la distinción que realiza el filósofo entre dos tipos de hombre que conforman la sociedad. Por un lado, aquellos que forman parte de la masa y, por otro, aquellos que forman parte de la minoría selecta. Estos últimos son individuos que se exigen autenticidad y que, para ello, asumen libremente tareas, dificultades y deberes que requieren siempre de un esfuerzo personal. Los primeros, en cambio, se sienten iguales a todo el mundo y, sin embargo, no se angustian de saber que nada los destaca. Para este hombre que conforma la masa, vivir consiste en entregarse a lo anónimo y dejar que las costumbres, los usos, los prejuicios y los tópicos se instalen en su interior y tomen sobre sí la tarea de hacerle vivir.

Son ánimos débiles que al sentir el peso a un tiempo doloroso y deleitoso de la propia vida se sienten sobrecogidos, se preocupan precisamente para quitar de su hombro el peso mismo que ellos son y arrojarlo sobre la colectividad —es decir, se preocupan en despreocuparse (Ortega y Gasset, 1928: 50).

Bajo esa aparente despreocupación radica siempre un secreto miedo a decidir y a resolver cada cual por sí mismo, de manera original, sus actos, sus creencias y sus emociones para, en cambio, buscar ser y actuar como los demás. Lo que busca el hombre masa es, en definitiva, “renunciar a la responsabilidad ante el propio destino, disolviéndola entre los muchos”, agrega allí mismo.

Este hombre tiene la psicología del niño mimado. “Mimar es no limitar los deseos, dar la impresión a un ser de que todo le está permitido y a nada está obligado. La criatura sometida a este régimen no tiene la experiencia de sus propios confines”, explica Ortega (1930: 408). Y aquí se llega, entonces, a un segundo elemento —inseparable del primero— que permite comprender este cambio de coyuntura que se daba en las sociedades modernas. Y es que, junto a este cambio en la dinámica social, también el aspecto material se transformaba. Se trataba de una época en la cual el industrialismo, en combinación con los progresos de la técnica, había conducido a la producción de una cantidad de objetos que hubiese sido inimaginable en épocas anteriores. Estos objetos, de toda clase y calidad, eran ahora asequibles a todos los individuos, tanto a los que formaban parte de la minoría como a aquellos que formaban parte de la masa. Por esta razón, el dinero había desarrollado un poder mucho mayor al de cualquier época previa. En ese sentido, explicaba Ortega:

En el siglo XVIII existían también grandes fortunas, pero había poco que comprar. El rico, si quería algo más que el breve repertorio de mercancías existente, tenía que inventar un apetito y el objeto que lo satisfaría, tenía que buscar el artífice que lo realizase y dejar tiempo para su fabricación.

(...)

Ahora, un hombre llega a una ciudad y a los cuatro días puede ser el más famoso y envidiado habitante de ella sin más que pasearse por delante de los escaparates, escoger los mejores objetos –el mejor automóvil, el mejor sombrero, el mejor encendedor, etc.– y comprarlos (Ortega y Gasset, 1927a, 58).

Este cambio, entonces, le daba al dinero un poder mayor al que hubiera tenido antes. Si en la vida social existen pocas cosas que puedan obtenerse con dinero, su influencia es naturalmente baja. Contrariamente, el poder del dinero será mayor cuanto mayor sea también la cantidad de cosas que puedan adquirirse con él. Así, en una época en la cual la variedad de objetos que podían comprarse no dejaba de crecer, el dinero no encontraba el límite automático que había tenido en épocas pretéritas.

Esta situación, unida a la irrupción del hombre masa –un hombre que, por definición, “no tiene experiencia de sus propios confines”– había favorecido, a la vez, el florecimiento del “nuevo rico”. Este individuo se encontraba en una situación singular: tenía los medios para adquirir lo que deseara, pero se encontraba angustiado porque no sabía qué desear. En palabras de Ortega, a este individuo, que había acrecentado su fortuna material, “no le habían crecido a la par los apetitos, no sabía crear deseos originales y tenía que atenerse a las preferencias tópicas” (Ortega y Gasset, 1928: 112-113). Tener un nuevo deseo, una nueva ilusión, no es una tarea fácil. Por esta razón, este hombre masa –ahora devenido rico– permitía que las costumbres, los usos y, en definitiva, los tópicos se instalaran en su interior y, de este modo, buscaba utilizar su dinero para adquirir elementos que no satisficieran ninguna íntima aspiración. En ese sentido, explica Ortega: “el que desea enérgicamente dinero lo consigue; pero el que desea enérgicamente dinero es el *homo œconomicus* y el hombre que tiene dotes económicas no suele saber en qué gastarlo” (Ortega y Gasset, 1928: 113). Y, en tono irónico, agregaba allí mismo: “En tanto que Balzac, cercado por la miseria, ebrio de creación y de café inventa para sus novelas muebles que nunca tendrá, los ricos del *faubourg* que las leen encargan a sus ebanistas los muebles de las novelas de Balzac”.

Todo ello conducía, a juicio del filósofo, a que el dinero hubiera adquirido en la sociedad un poder tan considerable como el poder político

(Ortega y Gasset, 1927b: 103-106)<sup>4</sup>. Y no se trataba de un hecho propio de la sociedad española, sino de “un hecho capital de la época vigente”, explicaba entonces Ortega (1927b: 104).

Es probable que por ello mismo –es decir, porque estos cambios constituían un hecho incuestionable de la época– las palabras de Ortega no solo llegan a resonar en el ámbito intelectual español. Su lectura de las sociedades modernas –y de las transformaciones que, a una velocidad inusitada, ellas sufrían– será recibida por diversos intelectuales que compartirán con Ortega la importancia de abordar críticamente estos cambios y de comprender la repercusión que tenían en los distintos ámbitos de la vida. Uno de esos intelectuales será, precisamente, el francés Raymond Aron quien llegará a considerar a Ortega “el maestro del pensamiento español en este siglo” (Aron, 1988: 231). Si bien su perspectiva será distinta a la del filósofo español, resulta interesante detenerse en ella.

### **III. Raymond Aron: dinero y democracias modernas**

En 1983, Aron escribe un breve texto en el que realiza “Una lectura crítica de *La rebelión de las masas*”. Sus palabras estaban destinadas a ser leídas como conferencia en la Fundación-Instituto Universitario José Ortega y Gasset de Madrid en mayo de ese mismo año, con motivo de los cien años del nacimiento de Ortega. Sin embargo, Aron no llega a viajar a Madrid, probablemente por problemas de salud, y cinco meses después muere en París. El texto permanece inédito por algunos años, hasta que finalmente es publicado por la Revista *Commentaire* –fundada por el propio Aron– en el número de invierno del curso 1987-1988<sup>5</sup>.

Cuenta allí Aron que había realizado una primera lectura de *La rebelión de las masas* a comienzos de los años ‘30, en traducción alemana y en pleno ascenso del movimiento hitleriano. La distinción entre masas y élites pertenecía de algún modo al espíritu de la época y, debido a esto, varios intelectuales de opiniones políticas contrapuestas decían inspirarse en las ideas del filósofo español. Tampoco para Aron pasan esas ideas desapercibidas, y al escribir su conferencia en 1983 dice haber comprobado que Ortega tenía razón acerca del triunfo de las masas en las sociedades modernas. “El gusto por el número, por lo colosal” (Aron, 1988: 233) resulta innegable, considera. Y, en línea con la lectura orteguiana, agrega un momento después: “Gracias al desarrollo tecnológico del siglo pasado, las condiciones de vida reservadas a una minoría son, desde entonces, accesibles a la mayoría” (Aron, 1988: 234). Ha habido, indudablemente, una “elevación

del nivel material”, tal como había descrito Ortega, y ello había conducido a las masas a tener necesidades “que antaño se calificaban como refinamientos porque eran el privilegio de unos pocos”, concluye allí mismo.

Sin embargo, a pesar de coincidir con Ortega en varios aspectos de su pensamiento, lo cierto es que Aron realizó un abordaje distinto al del filósofo madrileño. Su interés radicaba mucho más en la ciencia política y la sociología, que en la filosofía (Cfr. Lasaga Medina, 2006: 228). Percibía también los cambios producidos en la sociedad industrial y el modo en que esta, lejos de lo que había propuesto el análisis marxista tradicional, conducía a una creciente heterogeneidad en los criterios de estratificación. Sin embargo, estos cambios en la sociedad –en la que, en efecto, como había señalado Ortega, prevalecía un alto nivel de productividad, una voluntad generalizada de adquirir más bienes y una consecuente homogeneidad en las clases sociales– conducían a Aron a preguntarse por conceptos como los de igualdad y libertad y, a la vez, a analizar diversas cuestiones que planteaba la vida democrática en sociedades de este tipo.

En *Introducción a la Filosofía Política* abordará precisamente este último punto. Este libro, publicado de manera póstuma, recoge las lecciones que brindó en la Escuela Nacional de la Administración (ENA) entre el 21 de abril y el 17 de octubre de 1952. Allí, si bien no constituye el eje central de su análisis, puede verse que Aron es consciente de la influencia del dinero en la vida democrática moderna.

Aron comienza su trabajo presentando una definición de la democracia: “La democracia puede ser definida, sociológicamente, como la competencia pacífica con miras al ejercicio del poder” (Aron, 1999: 42). Con esta definición que, tal como agrega allí mismo, “se realizará a través de las instituciones y no de las ideas”, busca que no exista distancia entre el ideal de la definición y la realidad<sup>6</sup>. Así, a partir de esta definición, y teniendo en cuenta el ejercicio real de la democracia, Aron considera que existían fundamentalmente dos críticas a este régimen: la marxista –que insistía en la disparidad entre la realidad social y los principios democráticos– y la maquiavélica –que consideraba que toda democracia es una oligarquía–.

Si se presta atención a última crítica, puede verse que ella parte de considerar, en primer lugar, que toda democracia es siempre gobernada por una minoría. Esta minoría está conformada fundamentalmente por hombres de negocios, individuos que se caracterizan mucho más por su elocuencia o astucia que por su formación política para gobernar. Por esta razón –

consideran los maquiavélicos— la democracia termina siempre en una plutocracia. Los individuos que llegan a primer plano, “tienen siempre relaciones más o menos complejas con los hombres de dinero, ya que para ganar las elecciones y para gobernar en un régimen parlamentario se tiene necesidad del sostén de hombres de dinero”, explica allí Aron (1999: 67). De este modo, la posesión de dinero les da a los individuos la posibilidad de conformar una élite privilegiada que, a la larga, impone su voluntad, ya sea porque gobierna efectivamente o porque, en definitiva, quienes lo hagan necesitarán de ella. Aron se detiene especialmente en esta crítica y acuerda con el análisis que realiza. Considera, sin embargo, que se debería avanzar en el estudio y averiguar cuál es la capacidad real de acción de aquella oligarquía dominante respecto de la mayoría gobernada y cuáles son las garantías que tienen estos últimos respecto de los primeros.

Más allá de las críticas puntuales que puedan realizarse al régimen democrático, Aron acepta que este, así como todo régimen político, comporta cierto número de factores de inestabilidad. De lo que se trata, en todo caso, es de mantener dicha inestabilidad dentro de límites tolerables.

Así, aborda tres causas de inestabilidad de la democracia. La primera de ellas se encuentra en la ambición de los hombres —una ambición que no es de por sí negativa, pero que debe estar limitada mediante una carrera regulada y a través de reglas constitucionales que permitan dicha ambición sea útil a la comunidad— y en la apelación a las masas —que deviene en demagogia, una constante tendencia de los regímenes democráticos y que exige que existan hombres y grupos interesados en el mantenimiento del sistema para que esta demagogia se mantenga dentro de los límites tolerables—. Otra causa de inestabilidad la ubica Aron en la creencia de que la democracia constituye el único régimen que, por sus principios, no debe defenderse de sus enemigos, una idea con la que no acordará. Sin embargo, hay un último factor de inestabilidad en el cual conviene detenerse. Este se da por la disociación que existe, en este régimen, entre el poder político y el poder social.

El régimen de competición propio de la democracia permite la afluencia de hombres nuevos al escenario político, explica Aron. Así, de manera frecuente, se da “el reclutamiento de jefes políticos en los medios más modestos” (Aron, 1999: 105), y, de este modo, llega a gobernar “gente común”. “Son gentes, más bien, que no provienen del poder social”, explica (Aron, 1999: 103), gente que —agrega— llega “sin preparación a la situación política” (Aron, 1999: 105). La sociedad industrial había otorgado un poder

cada vez mayor a la burguesía y esto implicaba que, en un régimen como el democrático, los dirigentes que llegaban al poder a menudo no contarán con el hábito de ejercer el mando. Ahora bien, Aron consideraba que la selección de los hombres era solo un aspecto del problema que generaba la relación entre el régimen de competición propio de la democracia y la estructura de las sociedades modernas. En realidad, lo que sucedía es que aquella burguesía ascendente –que se había ido conformando “por oposición o por segregación en una sociedad fundamentalmente desigual y aristocrática” (Aron, 1999: 106)–, imponía ahora sus ideas. En efecto, era a estos hombres de dinero –aquellos que se dedicaban a los negocios, a la industria y a las finanzas, explica– a quienes correspondían las ideas democráticas de igualdad, de supremacía de la ley o de elección de los gobernantes por los gobernados. Así, a través del régimen de lucha pacífica se ejercía, en definitiva, una lucha de clases.

La inestabilidad que producía el desfase entre el poder político y el poder social exigía el establecimiento de un compromiso. Ahora bien, si en épocas anteriores la realización de un sistema de competición pacífica había supuesto un compromiso entre la burguesía y los antiguos poderes tradicionales, la nueva coyuntura exigía, en cambio, un compromiso entre los burgueses y los jefes de las masas populares. Para ello, era necesario que la clase ascendente o sus representantes sintieran respeto por los valores comunes y que se resignaran a la lentitud de las reformas, concluye Aron.

#### **IV. Consideraciones finales**

A lo largo de este artículo se ha buscado reflexionar, a partir de dos lecturas en particular, acerca del poder que el dinero ha ido adquiriendo en las sociedades modernas. Sin embargo, tanto la lectura orteguiana como la aroniana conducen a nuevos interrogantes que resultará oportuno abordar en una investigación mayor.

En el caso de Ortega, resulta interesante ver cómo influye el dinero en otros órdenes de la vida, como pueden ser el ámbito de las relaciones internacionales, el de la educación o el de la realización individual. Este último punto es, probablemente, el que más le interesa al filósofo. En una época en la cual los esfuerzos van destinados a acumular fortuna y a satisfacer deseos que no son más que tópicos, resulta natural que la esfera de realización personal quede a un lado. En ese sentido, Ortega explica que, en el siglo XX, la mayoría de los hombres dedica grandes esfuerzos y gran parte de su vida a actividades que, si fueran fieles a su vocación, no realizarían. Se trata de

actividades forzosas que, aunque a primera vista pareciera que llenan su tiempo, en realidad se lo quitan. Estas actividades se realizan, no porque se las estime, sino por el resultado que tras sí dejan, un resultado que en general está ligado al dinero y al prestigio que este otorga. Mientras el individuo se encuentra sumergido en este tipo de ocupaciones y realizando un esfuerzo que no va dirigido de ninguna manera al cumplimiento de su vocación, es habitual que se proyecte en su fantasía otro tipo de vida colmada de actividades –aquellas que Ortega denomina *felicitarias*– que se realizan por la satisfacción que ellas mismas le proporcionan, sin importar su utilidad.

Por su parte, en el caso de Aron, las reflexiones acerca del poder del dinero en la vida democrática moderna –que, tal como se indicó, corresponden puntualmente a las lecciones recogidas en *Introducción a la Filosofía Política*– constituyen solo un aspecto particular de su lectura sobre el papel del dinero en las sociedades modernas. El tema es tratado por Aron desde diversas perspectivas en el resto de sus obras –puede pensarse, especialmente, en sus *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial* (1963), en el *Ensayo sobre las libertades* (1965), y en *Progreso y Desilusión. La dialéctica de la sociedad moderna* (1969)– y, en ese sentido, a la hora de realizar un abordaje más general sobre el tema resultará oportuno detenerse en ellas y ver, por ejemplo, la relación entre el dinero y la libertad, o el dinero, el consumo y la tendencia a la homogeneidad social a la que se refiere en la última de estas obras.

En todo caso, tanto la lectura orteguiana como la aroniana continúan vigentes en el siglo XXI y nos recuerdan que, así ya como explicaba Simmel en 1900, el dinero no es tan solo medio sino también fin y, en ese sentido, resulta innegable el papel esencial que posee en la regulación de los diversos ámbitos y esferas de la vida práctica.

## Referencias Bibliográficas

- Aron, R. (1988). “Una lectura crítica de *La rebelión de las masas*”. *Revista de Estudios Ortegaianos*, 2006, N° 12-13, 231-242.
- Aron, R. (1999). *Introducción a la filosofía política*. Barcelona: Paidós.
- Lasaga Medina, J. (2006). “Raymond Aron escribe sobre Ortega y Gasset a sus setenta y ocho años de edad”. *Revista de Estudios Ortegaianos*, N° 12-13, 227-229.
- Ortega y Gasset, J. (1918). “Jorge Simmel”. En Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras completas* (Tomo III). Madrid: Taurus - Fundación Ortega y Gasset.

- Ortega y Gasset, J. (1927a). “Dinámica del tiempo”. En Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras completas* (Tomo IV). Madrid: Taurus - Fundación Ortega y Gasset.
- Ortega y Gasset, J. (1927b). “El poder social”. En Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras completas* (Tomo IV). Madrid: Taurus - Fundación Ortega y Gasset.
- Ortega y Gasset, J. (1928). *Meditación de nuestro tiempo*. En Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras completas* (Tomo VIII). Madrid: Taurus - Fundación Ortega y Gasset.
- Ortega y Gasset, J. (1930). *La rebelión de las masas*. En Ortega y Gasset, J., (2004-2010). *Obras completas* (Tomo IV). Madrid: Taurus - Fundación Ortega y Gasset.
- Ortega y Gasset, J. (1933). *En torno a Galileo*. En Ortega y Gasset, J., (2004-2010). *Obras completas* (Tomo VI). Madrid: Taurus - Fundación Ortega y Gasset.
- Schmoller, G. (1901). “La *Filosofía del dinero* de Simmel”. En López, D. G., & Lewcow, L. (eds. y trad.) (2018). *El significado social de los precios*. Buenos Aires: Teseo.
- Simmel, G. (1977) [1900]. *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

---

<sup>1</sup> Tras la muerte de Simmel, Ortega manifiesta que este “ha sido uno de los más exquisitos filósofos de la Alemania Contemporánea” (Ortega y Gasset, 1918: 1051).

<sup>2</sup> Si bien en la edición de las *Obras Completas* este artículo –publicado el 15 de mayo de 1927– abre la serie “Dinámica del tiempo”, se debe destacar que, en rigor, el primer artículo de dicha serie fue publicado el 7 de mayo de ese mismo año bajo el título “Masas”. Sin embargo, en la edición de las *Obras Completas* de 1947, al incluir “Dinámica del tiempo”, Ortega deja fuera este primer artículo. Ello se debió a que, para entonces, este había sido reformulado y publicado en *El Sol* el 24 de octubre de 1929 bajo el título “La rebelión de las masas I. El hecho de las aglomeraciones”, además de que había constituido luego el primer capítulo de *La rebelión de las masas* (1930). Por otra parte, cabe recordar que Ortega también utilizó esta serie de artículos de 1927 en sus conferencias brindadas en la Sociedad Amigos del Arte, en 1928, durante su segundo viaje a la Argentina y recogidas luego bajo el título *Meditación de nuestro tiempo*.

<sup>3</sup> Sobre Juan Ruiz, Arcipreste de Hita (1284-1351), a quien Ortega alude en esta cita, se puede recordar especialmente su poema “Lo que puede el dinero”. Allí, el poeta afirma: “Hace mucho el dinero, mucho se le ha de amar; / Al torpe hace discreto, hombre de respetar, / hace correr al cojo al mudo le hace hablar; / el que no tiene manos bien lo quiere tomar”. Y, hacia el final del poema, agrega: “El dinero es del mundo el gran agitador, / hace señor al siervo y siervo hace al señor, / toda cosa del siglo se hace por su amor”. Por su parte, sobre Luis de Góngora (1561-1627) puede recordarse su poema “Dinero son calidad” donde lamentaba: “Todo se vende este día / Todo el dinero lo iguala; / La corte vende su gala, / La guerra su valentía; / Hasta la sabiduría / Vende la Universidad, / ¡Verdad!”.

<sup>4</sup> Sobre la concepción del poder en Ortega puede verse el trabajo de Alejandro de Haro Honrubia, “La sociología del poder en el pensamiento de Ortega y Gasset”, *Revista de Filosofía*, 44, 2019, 175-192.

<sup>5</sup> La publicación llevó como título original “Ortega y Gasset et la revolte des masses”, y se publicó en el volumen 10, número 40 de la citada Revista, entre las páginas 733 y 740.

<sup>6</sup> En efecto, considera que la definición clásica de la democracia como “soberanía del pueblo” contenía al menos dos palabras oscuras: soberanía y pueblo. “Cuando se dice ‘soberanía del pueblo’ es posible cualquier malabarismo ideológico”, explicaba (Aron, 1999: 43). No quedaba claro qué o quién era el *pueblo* y, en ese sentido, ideas como la “voluntad general” de Rousseau, podían llevar a la “dictadura del pueblo” o, mejor dicho, a la de “aquellos que dicen representarlo”.